

UNLP. FACULTAD DE HUMANIDADES Y CS. DE LA EDUCACION

IV JORNADAS DE SOCIOLOGIA: La Argentina de la crisis.

Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones.

Mesa de Trabajo N° 21: **Civilización y Barbarie**. Mundo rural: Interculturalidad, trabajo y familia.

Ponencia: **Migración y Alteridad**

Autores: Adriana Archenti y Marcela Tomás. Antropólogas.

Inserción Institucional: Facs. de Humanidades y Cs. de la Educación y Periodismo y Comunicación Social. UNLP.

Dirección electrónica: archenti@perio.unlp.edu.ar, mmtomas@sinectis.com.ar

Resumen

La presente ponencia se inscribe en una línea de investigación que venimos realizando acerca de las relaciones entre migración e interculturalidad. Al respecto entendemos que la percepción de la población migrante sustentada tanto en las relaciones cara a cara como en discursos técnicos y políticos y medios de comunicación, denota una hipervisibilidad que no condice con los porcentajes de personas que se mueven a lo largo y ancho del mundo.

Si los datos que elaboran los organismos oficiales locales relativizan la incidencia de dicha población, el fenómeno supera la importancia de parámetros estrictamente

cuantitativos. El desplazamiento de población involucra la construcción social de sistemas clasificatorios que apelan a la diferencia para establecer fronteras nosotros/ellos al interior de una sociedad utilizando como insumo la etnicidad en sentido amplio.

Nos referiremos a estos procesos sociales presentes en situaciones de contacto que se caracterizan por la diversidad sociocultural en contextos de asimetría social, apelando a la categoría de *alterización*. Utilizamos aquí el concepto en referencia a los modos y las formas de percepción/construcción del carácter de “otro” producidas en la relación intercultural.

El Contexto

A fines del s. XIX, la voluntad política de construir una ciudad que superase en importancia a la Capital Federal se concretó en la fundación -en un espacio dominado por estancias- de la ciudad de La Plata. La misma conformó un polo económico y social que atrajo población y generó un crecimiento urbano propio, constituyéndose en centro a nivel subregional. Desde la fundación se consolida, tanto en funciones productivas y de abastecimiento cuanto en configuración social y espacial diferenciada aunque relacionada a la ciudad, un cinturón de chacras y quintas dedicadas a la actividad hortiflorícola. A despecho del imaginario intervencionista-higienista de sus fundadores, que pensaron la ciudad segregada en términos espaciales y funcionales, tempranamente en los años 80 la planificación del ejido aledaño en términos de “área verde” fue alterada por la proliferación de loteos y la formación de barrios en las zonas rurales generando un avance progresivo de la urbanización por sobre el cinturón de chacras y quintas (cfr. De Paula, 1987). Este proceso se replicará y complejizará en la actualidad, momento en que, por una parte la producción hortícola se extiende abarcando parte del

área rural plena (caracterizada por actividades de tambo y cría), por otra, con un carácter más acentuado, se transgrede el territorio destinado a la ocupación y producción agraria con actividades sólo parcialmente legalizadas, tales como fábricas de ladrillos y extracción de tierra, depósitos, industrias menores, además de usos residenciales y recreativos.

En los años 60, la denominada “revolución verde” produjo una unificación regional de la región pampeana, a la vez que se incrementaba la urbanización. Esto conllevó una tendencia hacia la unificación de estilos de vida rural urbanos, desarrollándose circuitos agroindustriales y aumentando la ocupación múltiple intra e intersectorial. Si en términos teóricos, la tradicional caracterización dicotómica rural-urbano pierde consistencia frente a estos procesos de unificación, se vuelve necesario encontrar conceptos mediadores que rescaten la especificidad intraregional sin sacrificarla al sólo lugar explicativo de la urbanización.

La región rural peri-urbana de La Plata constituye un espacio material y simbólico con características propias y relaciones específicas con el ámbito plenamente urbano.

Este “lugar” espacial y social fungió como una zona de separación y a la vez de pasaje para distintos grupos de migrantes que arribaron a la zona en diferentes momentos y contextos históricos. Primer ámbito de recepción, ayuda y redistribución con un intenso dinamismo para los recién arribados, que incorporan aquí códigos comunicacionales, formas de sociabilidad, recetas y mapas para guiarse en el entramado sociocultural y urbano que les es doblemente desconocido.

Resultante de este proceso, la región se conformó como un espacio social de diferencias étnicas regionales y nacionales, las cuales han constituido grupos con diferentes anclajes

de pertenencia territorial. A la vez, podemos considerarla en tanto campo específico de relaciones sociales, en el sentido de la pluridimensionalidad de los fenómenos y las posiciones en el contexto más abarcativo de la ciudad, entramado de relaciones que involucran agrupamientos, negociaciones, luchas y alianzas entre los diversos sectores interactuantes, siendo que sus intereses puestos en juego constituyen una variedad de significantes que abarcan lógicas múltiples y diversas de autoidentificación, identificación desde el afuera, usos y apropiaciones del espacio, que se actualizan en la red de encuentros entre vecinos no simétricos.

Se puede afirmar que la historia de la producción hortícola regional es también la historia de sucesivas migraciones (en concordancia con un movimiento de alcance nacional): De la misma forma que la ciudad, la zona circundante de quintas se pobló en primer término -en un movimiento que se extiende hasta la segunda posguerra- con trabajadores italianos -en menor medida españoles y portugueses-, que accedieron a la tierra en calidad de trabajadores, medieros o arrendatarios de propietarios locales. Asimismo se radicaron tempranamente inmigrantes de origen japonés, que comenzaron a llegar en forma espontánea a principios del siglo XX y organizadamente más tarde, a raíz del Acuerdo de Migraciones de diciembre de 1961 entre Argentina y Japón, en el que se daba prioridad a los inmigrantes japoneses capacitados en agricultura, pesca e industria (cfr. Archenti y Ringuelet, 1997).

A partir de la década de 1940, en coincidencia con la coyuntura a nivel nacional, se generaliza el arribo a la zona de migrantes provenientes de provincias argentinas, los cuales, a nivel del sistema productivo, se insertarán como trabajadores transitorios, peones, y, en menor medida, medieros.

En cuanto a la llegada de migrantes provenientes de países fronterizos, aunque se registran datos anteriores, la presencia sistemática de bolivianos data de la década de 1960 (cfr. Archenti, 1997a; Archenti y Ringuelet, 1997 b; Archenti y Tomás; 1997; 1999; 2000). Su inserción se asimila a la de los trabajadores provenientes de provincias argentinas, llegando progresivamente a reemplazarlos, de manera particular en la forma mediería.

Los diversos grupos fueron superponiendo a las identidades culturales étnico regionales, comunidades culturales diferenciadas, conformando círculos identitarios de nacionales residentes: de italianos, de portugueses, de bolivianos, etc. La misma memoria histórica se construyó en el transcurso de la inscripción en el espacio local de tales migraciones. Se trata de un proceso altamente dinámico en el que la identidad grupal debe observarse como una cuestión de “volverse” (o “estar siendo”) tanto como de “ser”. “Constituye tanto una herencia del “pasado” cuanto un proyecto construido en la interacción cotidiana con propios y ajenos” (Archenti y Ringuelet 2000, p.115).

En este transcurso, se reforzaron los anclajes vecinales (aunque estos no alcanzaron en sí mismos a elaborar una diferenciación marcada, tal como la de muchas localidades provinciales de zonas plenamente rurales).

Las sucesivas migraciones plantearon situaciones interculturales que no constituyeron formas generalizadas de prejuicio sino modalidades específicas combinadas, reforzando estereotipos positivos o negativos étnico - nacionales y de clase que, eventualmente, facilitaron o dificultaron el ingreso a ciertos ámbitos sociales.

Ya en territorio argentino, algunos grupos lograron conformar círculos corporativos (de ingreso adscriptivo). Tal el caso de los italianos en primer término. De manera especial,

los japoneses en el espacio que estudiamos y, más recientemente, sectores bolivianos en algunos ámbitos recreativos y comerciales.

Con respecto a los japoneses, asentados en las zonas florícolas con ayuda externa, el colectivo ha mantenido una fuerte identidad positiva y diferenciada en la zona rural, creando una economía local fuerte y especializada, con asociaciones adscriptivas propias (cfr. Archenti y otros, 1995).

El caso de los bolivianos ha constituido una migración más extendida, formando, como señaláramos arriba, una base generalizada de trabajo en el ámbito hortícola, bajo la forma de mediería. En las últimas décadas, un sector de la colectividad ha logrado afirmarse como propietarios rurales y comerciantes y en general conforman un sector social fuertemente estratificado.

Los bolivianos han marcado una fuerte impronta en las producciones y ámbito rural periurbano y constituyen un círculo étnico nacional que ha ido posicionándose paulatinamente. Han logrado conformar, por otra parte, asociaciones corporativas de comercialización y recreación asentadas en las zonas rurales periurbanas (cfr. Archenti y Tomás, 2001).

De manera general en la zona, las asociaciones barriales tuvieron aquella fuerte característica étnico nacional de las primeras oleadas inmigratorias, cuyas actividades se fueron asimilando progresivamente (en el transcurso del siglo XX) con identidades más nacionales que regionales – grupos étnicos y simultáneamente con una creciente integración en una identidad nacional argentina.

Perspectiva conceptual

Respecto de la problemática de la diversidad puesta en foco en situaciones de migración internacional, es necesario puntualizar algunas cuestiones sobre los conceptos actualmente vigentes para su análisis y nuestra posición acerca de los mismos. En el contexto de este trabajo, privilegiamos las categorías de *interculturalidad* y *alterización*.

Nuestra época, marcada entre otras cosas por los procesos de globalización de la economía y mundialización de la cultura (cfr. Ortiz, 1997), que conllevan transformaciones sustanciales en todas las áreas de la vida social, parece haber dejado atrás la ilusión de la homogeneidad cultural, tanto en la forma de las previsiones uniformadoras de los teóricos de la modernización como en la imaginada fusión que haría confluír distintas corrientes en una principal, homogénea, tal como soñaran las versiones teóricas del *melting pot* o el *crisol de razas* desde la perspectiva argentina. El pluralismo cultural y la reivindicación del mismo desde distintos sectores aparecen como características definitorias de las sociedades actuales. Esta situación, sin embargo, lejos de provocar un consenso armónico, conlleva controversias conceptuales que es necesario tener presentes.

Aún cuando podamos encontrar que dicha situación es conceptualizada indistintamente como Multiculturalidad o Interculturalidad, las dimensiones político-sociales de cada una de estas fórmulas muestran diferencias profundas. Así, si ambas parten del reconocimiento de una situación de pluri-culturalidad, mientras la *multiculturalidad* enfatiza en el mapeo de la diferencia, la *interculturalidad* promueve no sólo el reconocimiento de los distintos grupos sino la incorporación de la desigualdad como

dimensión central de la reflexión, a la vez que un proyecto de integración como instancia cognoscitiva y estrategia política.

Este último concepto, que entendemos también en su faceta de relación de interacción comunicativa que implica contenidos y posiciones diferenciales en los planos social y cultural entre grupos diversos que -en el contexto de la presente ponencia-, se conciben en términos de migrantes y nativos, nos permite pensar los modos en que diversos grupos sociales elaboran intercambios, transacciones y negociaciones de sus diferencias en un marco de desigualdad. Los grupos así delimitados interactúan en un contexto dinámico que se actualiza, define y redefine en el transcurso de relaciones que entre otras variables implican dependencia, sumisión, exclusión o discriminación.

Consideramos que quienes migran comparten, además de la experiencia migratoria, “equipamientos” culturales de su lugar de origen que constituyen una matriz¹, la cual, al ponerse en acto en la relación con agentes de la sociedad receptora, actualiza diferencias entonces potencialmente disponibles para su utilización en la construcción de modelos y estereotipos presentes en la relación entre propios y extraños. A la vez se produce un proceso de apropiación de valores y prácticas de la sociedad local, los cuales son seleccionados –entre otras cosas- para permitir la comunicación y el fluir de la cotidianidad.

La diversidad cultural, pero además los sentidos atribuidos a las variaciones fenotípicas, son entonces un insumo para la construcción de relaciones entre colectivos, que involucran la percepción-comparación-identificación/atribución- generalización,

¹Entendemos en este contexto “matriz cultural” en el sentido especificado por I Moreno (1991), que la describe como un sistema estructurante no armónico, con contradicciones y desajustes, que funciona en cada individuo como base de su identidad.

jerarquización; y que permean de maneras más o menos explícitamente conflictivas dichas relaciones.

La apelación a los fenómenos implicados por relaciones de interculturalidad en contextos de migración, se complementa en nuestro análisis con la reflexión sobre los procesos de *alterización*. El concepto de *alteridad* presente en la tradición antropológica refiere a los modos y las formas de percepción/construcción del carácter de “otro” producidos en la relación intercultural.

En un nivel de referencia a lo “elementalmente humano”, la pregunta por la diferencia y la identidad es consustancial a las relaciones entre grupos e implica la puesta en foco de aspectos singulares así como también de la totalidad de los fenómenos humanos afectados por estas relaciones. En términos de E. Krotz (1994), es también la pregunta por las condiciones de posibilidad y los límites, las causas y los significados de esta alteridad, por sus formas y sus transformaciones, lo que implica a su vez la pregunta por su futuro y su sentido; finalmente es también siempre la pregunta por la posibilidad de inteligibilidad y comunicabilidad de la alteridad y -de manera central desde nuestra perspectiva- por los criterios para la acción que deben ser derivados de ella.

En el caso específico que analizamos y en cuanto a la relación entre colectivos migrantes y sociedad receptora local, desde la perspectiva de esta última (sin que esto implique una reificación de la categoría, sino en tanto referencialidad a los casos empíricos que hemos registrado) la nominación de lo identificado como “otro” con respecto a los migrantes refiere a categorías que apelan como factor explicativo a pertenencias étnico-nacionales o, en casos, “raciales”, “de sangre”, cuestiones que también aparecen invocadas por los propios migrantes.

Explicar este juego por el cual la relación entre colectivos percibidos como de origen étnico nacional/ “racial” diverso conduce a la percepción/focalización de diferencias -expresadas en términos de fenotipo, rasgos, atributos, conductas- asociadas no a idiosincrasias individuales sino a conjuntos sociales, requiere la inclusión de la alteridad como categoría analítica que posibilita desglosar los mecanismos presentes en el mismo, identificar los criterios a partir de los cuales se reconocen esas diferencias, y ponderar cuándo éstas se vuelven diacríticas.

Atendiendo a la propuesta que desarrolla Renato Rosaldo (1991) cuando analiza la importancia de la noción de diferencia en la tradición antropológica, entendemos que las diferencias puestas en juego entre los grupos en contacto no preexisten per se a su encuentro, sino que resultan del mismo. En este sentido, la relación entre colectivos activa un mecanismo por el que se opacan los eventuales elementos comunes y se destacan aquellos aspectos no compartidos, que fungen como insumo para la elaboración de identidades atribuidas y auto atribuidas y tendencialmente decantan en estereotipos que se encuentran disponibles para su utilización en diferentes esferas de la vida social. En tanto tales, los estereotipos cristalizan rasgos cuya correspondencia con la realidad no es necesaria para su operatividad. Paralelamente y en concordancia, la cultura –verbalizada en cuanto dimensión estática - es apelada como categoría explicativa por parte de los propios sujetos en el sentido de dar cuenta de esas diferencias que agrupan y distinguen en términos de causalidad.

La urdimbre de relaciones resultante de estos procesos es representada en un sistema clasificatorio que; al suspender la variación individual entre sujetos pertenecientes al mismo colectivo, las similitudes entre ellos/ nosotros y las transformaciones generadas en y por los contactos durante el transcurso de la vida social, contiene la potencial

indeterminación de criterios de categorización en sociedades pluriculturales. En situaciones percibidas como de amenaza de identidades grupales, los estereotipos organizan la deriva de significados apuntalando lo propio y congelando lo ajeno. Constituyen además estrategias de conocimiento y auto-reconocimiento, funcionando como guías para la acción y la interacción.

Relaciones interculturales en el campo: trabajo, escuela, medios

En el transcurso de nuestra investigación hemos establecido relaciones de campo con trabajadores, medieros, arrendatarios y propietarios asociados a la actividad hortícola de origen boliviano y sus familias, así como también miembros de la sociedad receptora en interrelación con los mismos, ya sea en el plano del trabajo, la comercialización, la asistencia técnica, la educación formal, la vecindad. En este sentido, las múltiples instancias de interacción cara a cara en que se encuentran implicados migrantes y nativos, son definitorias para comprender la instauración de determinados tipos posibles de relación y no de otros. Asimismo hemos indagado las representaciones de este colectivo presentes en medios gráficos de comunicación de tirada masiva local y nacional. La contemplación del campo de las comunicaciones masivas se vuelve estratégica toda vez que, en la actualidad, los medios aparecen como uno de los soportes materiales primordiales (con sus lógicas específicas de producción, circulación y reconocimiento) para que las imágenes de auto referencia de la sociedad mayor y las imágenes de las llamadas “minorías” se constituyan. Los medios producen, ponen en circulación y contrastan dichas imágenes. Y llegan a ser fundamentales en el proceso de construcción de alteridades sociales.

Con respecto a los propios bolivianos, hemos indagado sobre las experiencias de la migración en términos de auto-representación, las relaciones con los lugares de origen,

los procesos de inserción en la sociedad receptora local, las maneras en que estos migrantes visualizan su carácter de extranjeros, tanto desde la propia condición en tanto tales como desde la apelación a esa misma condición –bajo diversos significantes- por parte de la sociedad local.

¿Cuáles han sido las implicancias de esta movilidad espacial para quienes atraviesan las fronteras en cuanto a su relación con sus comunidades de origen? De acuerdo con la bibliografía disponible y nuestra propia experiencia en el campo, la migración raramente representa una ruptura decisiva con las mismas; por el contrario, los migrantes mantienen relaciones continuas, complejas y fructíferas con sus lugares y ámbitos de pertenencia actuando, en el caso de quienes han partido mas tempranamente, como introductores de los más tardíos, no solo en lo que respecta a la facilitación de la inserción laboral, sino y estratégicamente en el manejo y familiaridad con los códigos básicos para desenvolverse en el país receptor.

¿Cómo se visualizan a sí mismos estos migrantes? Inversamente a lo que una concepción cristalizada de la identidad podría llevarnos a suponer acerca de la autorrepresentación de conjuntos sociales desplazados en gran medida de antiguas comunidades campesinas de origen indígena, entendemos que, al menos en el caso que nos ocupa, estos sujetos despliegan una gama de recursos altamente dinámica en la presentación de la persona y en la resolución de los múltiples problemas aparejados por el desarraigo, las frecuentes situaciones de fragilidad legal, la discriminación latente o manifiesta y- al menos en términos teóricos- el estado de movilidad permanente.

En el ámbito de la producción hortícola, y más allá de la coincidencia empírica, cada uno de los grupos interactuantes (ver supra) es ubicado en un determinado lugar en el proceso de producción y trabajo. A su vez, los mismos son definidos como siendo

portadores de ciertas características inherentes, que se asocian al desempeño del trabajo o al lugar ocupado en la cadena laboral.

La categoría “boliviano” reúne sin distinciones regionales a todos los migrantes provenientes de aquel país. A su vez, el estereotipo que asigna la pertenencia al colectivo por aspectos fenotípicos genera la inclusión bajo la misma categoría étnico-nacional de migrantes internos provenientes del Noroeste de nuestro país. Esto posibilita que los migrantes bolivianos manipulen la identidad, ya sea autoadscribiéndose al colectivo o negando su pertenencia al mismo, en situaciones como la búsqueda de trabajo, en la cual se evalúan costos y beneficios. Por ejemplo, en el contexto local se registra una preferencia por migrantes de origen boliviano para relaciones de mediería, que los productores nativos fundamentan en una serie de atributos o rasgos que incluyen cuestiones actitudinales y “físicas” (el proceder del mediero en términos de “socio”, la baja conflictividad de los trabajadores de origen boliviano, la resistencia al esfuerzo físico). Cabe destacar que estas “cualidades” resultan funcionales tanto a la lógica de las necesidades de producción del productor-propietario como a la de las necesidades de reproducción del trabajador.

Una cuestión nodal en las relaciones interculturales entre locales y migrantes bolivianos, es la posibilidad de comunicación y las características que reviste la misma de acuerdo al uso del lenguaje. Los unos y los otros plantean una dificultad en la interacción que se explica en base a diferencias en los códigos comunicacionales, las cuales superan la cuestión idiomática. Quienes interactúan cotidianamente con bolivianos señalan de forma recurrente un déficit en el manejo de la oralidad que es atribuido sin más a cuestiones culturales. Por su parte, los migrantes también refieren a problemas en la comunicación, pero justifican lo que desde la sociedad receptora es

leído como un rasgo cultural -“no hablan”- con situaciones de temor a no expresarse correctamente o no ser entendidos. Ambos colectivos manifiestan “no entenderse”, apareciendo además una percepción del uso de la dimensión temporal -“hablar lento”, “hablar rápido”- como una diferencia que marca fronteras.

En lo desarrollado arriba pueden vislumbrarse dos fenómenos que exponen la relación desigual entre migrantes y miembros de la sociedad receptora: De una parte, el control sobre la forma de expresión de los primeros en un frente de presentación de la persona en la cotidianeidad, el cual lleva a nivel de lo consciente la diferenciación nosotros/ellos en uno de los aspectos más naturalizados de la cultura como lo es el lenguaje; a la vez el registro y control ejercido sobre lo diferente –manifestado por ejemplo en la ridiculización o burla respecto del “acento boliviano”- y correlativamente la imposición de una manera “correcta” de hablar que propone como condición de la inclusión el despojo de ciertos bienes culturales vis a vis la incorporación de otros.

Nuestros registros indican que, al vivir en Bolivia, sobre todo –aunque no exclusivamente- en zonas rurales, el idioma mayormente utilizado era el quechua. Al migrar, en principio queda relegado a la esfera doméstica, pero al tener hijos se prefiere dejar de hablarlo, aludiendo de forma indirecta o explícita a la mayor posibilidad de discriminación que implica la identificación como boliviano por la lengua, esto es, una asimilación que conlleva la dilución de diferencias para reinstalarlas en otros rasgos cuya alteración es menos probable, como por ejemplo el fenotipo. Por parte de los bolivianos se transmite así a la generación posterior una sensación de “vergüenza” por los orígenes y de asimetría en la posición de los progenitores en la sociedad receptora. No obstante, es necesario mencionar que esta situación es variable al interior del colectivo, dado que quienes se encuentran en posiciones más favorables dentro del

sistema social transforman el “estigma” en “emblema”, recurriendo al idioma de origen como política de identidad (cfr. Archenti y Tomás, 2001, 2004).

Las instituciones escolares constituyen un “lugar” privilegiado para el análisis de los procesos de alterización presentes en las relaciones de interculturalidad. Nuestro trabajo con niños de la franja etárea correspondiente al EGB (6- 14 años) en tres establecimientos educacionales -dos de ellos en la zona hortícola y el tercero en la periferia del casco urbano- nos permite afirmar que la dinámica de las relaciones nosotros/ otros en el ámbito escolar reviste una complejidad específica, articulando prácticas y valores de modos variables y muchas veces contradictorios.

De acuerdo a contextos diferenciales, los niños perciben las discordancias entre sistemas clasificatorios que valorizan –en sentido positivo o negativo- y ubican en escalas jerárquicas las condiciones de migrante, descendiente de migrantes o argentino, reproduciendo asimetrías presentes en el sistema social.

Un dato relevante es la recurrencia de la manipulación en la presentación de la persona en tanto perteneciente a determinado colectivo nacional que los niños realizan a partir de la evaluación de la interacción con diferentes sujetos. El análisis ha permitido identificar una serie de factores que incidirían al momento de negar la adscripción al colectivo por parte de los mismos.

De acuerdo a la interrelación de los discursos de los niños, sus padres y el personal de los establecimientos, consideramos que es posible que los primeros evalúen como riesgosa la presentación de su persona como perteneciente al colectivo “bolivianos” en base a los siguientes criterios:

- Situación de ilegalidad.

- Desconocimiento de la persona ante quién se encuentran, que se supone además como miembro de la sociedad receptora.
- Conocimiento personal de actitudes contrarias/ discriminatorias al colectivo por parte de “pares”.

La identificación de estos criterios no implica la inexistencia de otros, sin embargo, son al menos éstos los que nuestra información nos permite sostener. En la negación de la filiación, subyace el aprendizaje vivencial de que en ciertos contextos ser boliviano o descendiente de bolivianos conlleva perjuicios que van desde el nivel macro de lo jurídico-legal hasta el nivel micro de las interacciones personales.

En concordancia con lo anterior hemos constatado reiteradamente la existencia de conflicto entre niños migrantes y nativos fundamentado en la hetero-adscripción, sobre todo en momentos de la rutina escolar que transcurren fuera del salón de clases, como por ejemplo los recreos o bien a la salida del establecimiento. Las agresiones varían desde la apelación a categorías acusatorias por parte de los nativos, como “bolinga”, “negro” y “coya”, hasta la violencia física, sobre todo entre los varones.

En referencia a los medios de comunicación en tanto frente de construcción de alteridades/identidades sociales, las maneras en que los mismos representan a los migrantes permiten visibilizar una faceta de los procesos de alterización aquí tratados.

Si bien esto implica la homogeneización de los migrantes más allá de la pertenencia a un colectivo particular, cabe destacar que en las noticias se insiste en la presencia numéricamente significativa de inmigrantes procedentes de Bolivia, Perú y Paraguay, sosteniéndose además que habría una preponderancia creciente de personas de origen

boliviano. En este sentido, aquello que se dice para todos involucra especialmente a estas últimas.

El material empírico corresponde a dos diarios, uno local (El Día) y otro nacional (Clarín), habiéndose realizado un seguimiento de las noticias que aludieran a migrantes en general entre los meses de Abril y Septiembre de 1999, momento álgido en la crisis socioeconómica y -a la vez- época de campaña para elecciones presidenciales², por lo que el período condensa procesos sociales que lo vuelven un laboratorio privilegiado para el análisis de los fenómenos que estamos focalizando.

En el nivel más general, la operación mediante la cual se construye la alteridad consiste en la asignación de los migrantes a un espacio definido en términos de otro Estado-Nación. Esta distinción primaria los aglutina -más allá de sus diversas procedencias- como ajenos, extraños al “Nosotros” construido en torno de la pertenencia al territorio delimitado por las fronteras de la “Nación Argentina”. Este proceso se refuerza mediante el uso de metáforas, por ejemplo: “nuevos vecinos”, “recién llegados”, “nueva población extranjera”, “hijos de la frontera”, las mismas sugieren que no se comparte la historia común que nos hace “ser uno” (más allá de la admisión de la eventual condición de ser descendientes de antiguos migrantes) dentro de los límites del Estado.

Es recurrente la presencia de asociaciones textuales entre inmigración y situación legal de los extranjeros, así como la alusión a la dimensión cuantitativa de la inmigración, refiriendo de manera reiterada a la cantidad de inmigrantes de países limítrofes y la falta de datos oficiales confiables al respecto. Aparecen además aquí una serie de

² Al respecto, los inmigrantes extranjeros residentes en el país o la provincia de Buenos Aires aparecieron en 4 ocasiones como potenciales votantes, y -en tanto tales- motivo de disputa entre los candidatos a ocupar puestos gubernamentales por diferentes partidos. Así, en este tipo de noticias, se privilegiaba por sobre la heterogeneidad de los colectivos su definición en términos de extranjería, en un proceso que igualó en términos -preferentemente- legales a todos los inmigrantes.

caracterizaciones que homogeneizan a los inmigrantes, en las que la modalidad de presentación de las mismas sugiere que dichas caracterizaciones son compartidas por la sociedad receptora (*“Se sabe que los extranjeros indocumentados tienen características comunes: Pueblan las periferias de las ciudades y se desempeñan como albañiles, ambulantes o peones agrícolas, y por lo general comparten, entre varios, pequeñas casas prefabricadas”* o *“Le cuesta hablar, apenas sonríe y murmura su nombre y nacionalidad con timidez”*). (El subrayado es nuestro).

Finalmente, el proceso se cierra al insistir en la situación de residencia que vincula lo anteriormente dicho con el derecho en sentido amplio, esto es: “ellos”, que no han nacido aquí, que no comparten nuestra historia, residen en “nuestro” país. Aparece entonces la residencia de los extranjeros asociada a la legalidad/ ilegalidad: son inmigrantes que no poseen su residencia definitiva ni temporaria, o que no han adoptado la ciudadanía, o indocumentados. De este modo -a veces de manera explícita, otras más sutilmente-, se los acusa de ejercer un derecho de manera ilegítima.

Por otra parte, la utilización de la metáfora “hijos de la frontera” coloca a las personas provenientes de países limítrofes en un único espacio virtual, y además, en una posición que propone como identidad la pertenencia a ningún lugar. Ni el país de origen ni el de destino constituyen aquí los ejes en torno a los cuales se definen los sujetos: la mismidad de los otros proviene en este caso de situarlos precisamente en los límites de esas “comunidades”, proponiendo como rasgos comunes que los engloban una serie de atributos, algunos de los cuáles podrían resumirse en un término: “carencias”. Así: no saben qué pasos seguir para radicarse, no tienen documento de identidad, no poseen residencia definitiva ni temporaria, demandan vacantes en escuelas. Lo que sí poseen se resume como expectativas -“esperanza de comenzar una nueva vida, menos injusta, menos miserable”-.

Reflexiones finales

Si la producción de la diferencia cultural es un fenómeno que desborda la desigualdad económica, la misma toma matices diversos que se perfilan como movimientos en torno a la defensa de determinadas formas de pensar, de hacer, de ver, de sentir: de ser. Debe entonces ser puesta en consideración la construcción de significados diversos vinculados tanto a la desigual distribución del poder material y/o simbólico, como a la apropiación y reinención, por parte de los sujetos interactuantes, de un patrimonio cultural común.

En el caso de los migrantes y recuperando la caracterización del mundo socio-productivo rural del periurbano platense a la que nos refiriéramos más arriba, entendemos que el sistema de relaciones imperante al momento de su incorporación incidirá de modo diferencial según la situación de poder configurada, las mutuas percepciones y los “equipamientos” culturales involucrados y las estrategias efectivas de inserción y de recepción. En el ámbito del trabajo, la autoadscripción como boliviano responde de manera funcional al actual sistema de relaciones en la región, coincidiendo en gran medida con una “identidad atribuida” que si bien es manipulada por el colectivo con la finalidad de acceder al mercado laboral, y en este sentido constituye una estrategia que beneficiaría al mismo, por otra parte actualiza una construcción estereotipada cuyo fundamento está constituido por criterios de orden biológico –“racial”- que se combinan con otros “rasgos”, también entonces heredados biológicamente, los cuales pueden de esta manera ponerse en acto en otros contextos reproduciendo y/o profundizando actitudes xenófobas.

El trabajo de campo en las escuelas nos permite reconfirmar aquello que fuera advertido en los medios: la apelación recurrente a las categorías étnico-nacionales por parte de distintos sujetos -alumnos, docentes- y en diferentes momentos –recreos, momentos de actividad áulica, actos escolares- sugiere la fuerza del modelo clasificatorio como estructurador de prácticas y discursos en el ámbito escolar en el que conviven argentinos y descendientes de bolivianos. Entiéndase que no estamos postulando que la apelación a la alteridad sea constante, es claro que la rutina de la vida escolar implica la puesta en acto de, por así decirlo, otros modelos simbólicos.

A la vez, no existe una sola manera de construir alteridad/identidad. A riesgo de que nuestra concepción del proceso sea leída en términos instrumentalistas, diremos que, en el caso que nos ocupa, tal construcción se ve condicionada por la tendencia predominantemente xenófoba de la sociedad receptora –si nos orientamos por la representación del colectivo llevada a cabo por los medios de comunicación de la misma y por algunas entrevistas a docentes-, la cual es evaluada tanto por los niños como por los adultos de origen boliviano -según el contexto y el interlocutor- al momento de la autoadscripción al colectivo.

Para el caso de los alumnos bolivianos, algunas de las conductas interpretadas y convertidas en atributos del estereotipo por parte del personal de los establecimientos educativos podrían entenderse, desde el encuadre planteado por Goffman (1994) como *procesos de evitación*, noción que alude a acciones cuyo fin es evitar contactos en los cuales los sujetos se sienten amenazados. Serían a la vez otros rasgos diacríticos que conforman el estereotipo -la lentitud, la suciedad, la situación de ilegalidad- los orientadores de tales conductas.

Con respecto a la prensa gráfica, las conclusiones que pueden abarcar la generalidad de las noticias son, por una parte, la asociación de los extranjeros e inmigrantes en general, y de los bolivianos en particular, con una situación de ilegalidad sustentada en informaciones que los presentan como careciendo de residencia definitiva o temporaria, o sin haber adoptado la ciudadanía, o indocumentados. De este modo -a veces de manera explícita, otras más sutilmente- se los acusa de ejercer un derecho de manera ilegítima; por otra parte, una clasificación de los inmigrantes que opera en principio a través de la construcción de una alteridad a la que se atribuye una serie de rasgos compartidos que connotan valoraciones predominantemente negativas, de modo que a través de ellos la clasificación se llena de contenido y establece una jerarquía que los coloca no solamente en desventaja respecto de la sociedad receptora, sino –además- como parcialmente responsables de la misma.

A través de lo expuesto, es claro que la visión romántica de coexistencia de las diferencias propuesta en los análisis multiculturales no permite visualizar las asimetrías que evidencia poner el énfasis en las relaciones concretas; en este sentido, tal como lo hemos intentado en el presente trabajo, consideramos que reflexionar desde lo que definimos como interculturalidad, revela contenidos presentes en las interacciones sociales cotidianas que orientan la conducta de sujetos posicionados en lugares diferenciales del sistema.

Bibliografía

Archenti, A. y Ringuelet, R (1997): "Mundo de trabajo y mundo de vida: Migraciones, ocupación e identidad en el ámbito rural". En: *Papeles de trabajo*. Publicación del Centro Interdisciplinario de Ciencias Etnolingüísticas y Antropológico- sociales de la UNR. N° 6. Noviembre.

Archenti, A. y Tomás, M.M. (1997): "Identidades migrantes e inserción local en un contexto subrural". Ponencia presentada al Congreso Nacional: "*Pobres y Pobreza en la Sociedad Argentina*". U.N.Q., CEIL. CONICET.

----- (1999): "Instituciones locales e identidades migrantes: Bolivianos en la zona hortícola de la Plata". Ponencia presentada a la *III Reunión de Antropología del MERCOSUR*. Posadas, Misiones, Noviembre.

----- (2000): "Variaciones identitarias en contextos migrantes de la ciudad de La Plata". Ponencia presentada al *VI Congreso Nacional de Antropología Social*. Mar del Plata, Septiembre.

----- (2001): "Inmigrantes, trabajadores, bolivianos: ámbitos de relación comunicativa y representación de la diferencia". En: *Oficios Terrestres*, Año VII. N° 8. Publicación de la Fac. de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. La Plata.

----- (2004): "Transponiendo fronteras. Bolivian@s en La Plata". En: *Oficios Terrestres*, Año X. Publicación de la Fac. de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. La Plata.

Bourdieu, P.: (1997): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Ediciones Akal Universitaria. Madrid.

Cicourel, A.V.: (1983): "Vivir entre dos culturas: el universo cotidiano de los trabajadores migrantes". En: *Vivir entre dos culturas. La situación sociocultural de los trabajadores migrantes y sus familias*. Serbal-UNESCO.

De Paula A. S. J. (1987): *La ciudad de La Plata, sus tierras y su arquitectura*. Ed Banco Provincia de Bs. As.

Durkheim, E. (1996): *Clasificaciones Primitivas (y otros ensayos de Antropología Positiva)*. Ariel Antropología. Barcelona.

Elías, N. (1997): *Logiques d'exclusion*. París, Fayard.

Giménez, G. (1994): "La identidad social o el retorno del sujeto en Sociología". En: *III Coloquio Paul Kirchoff*. UNAM. México.

Goffman, E. (1970): *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu, Bs. As.

----- (1994): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Bs. As.

González Sánchez, J. (1994): *Más (+) Cultura (S). Ensayos sobre realidades plurales*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México.

Juliano, D. (1989): "Estrategias de elaboración de identidad", en *Realitat* N° 13, oct.

Krotz, E. (1994): "Alteridad y pregunta antropológica". En: *Alteridades* 4 (8). UAM. México.

Laclau, E. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión. Buenos Aires.

Moreno, I. (1991): "Identidades y rituales". En: VV.AA: *Antropología de los pueblos de España*. Ed. Taurus, Madrid.

Ortiz, R. (1997): *Mundialización y Cultura*. Alianza Editorial. Bs. As.

Rosaldo, R. (1991): *Cultura y verdad*. Ed. Grijalbo, México.

Park, R. (1950): *Race and Culture*. Nueva York, Free Press.

Rocha-Trindade, M. B. (1995 b): "Inserção, exclusão, educação". En: *Educação, Ensino*. Año 7, N° 10, mayo-junio. Lisboa.